

vórtic e
e n línea

octubre 2005

número 6



Alfredo Álamo
Manuel Calderón
Gabriella Campbell
Santiago Eximeno
J. Antonio Fernández Madrigal
Víctor Miguel Gallardo

especial

IGNOTUS 2005



edicionesparnaso

www.elparnaso.com



Yo, editor

Han pasado ya demasiados meses desde que vio la luz el último número de **Vórtice En Línea**, el ezine gratuito que desde Ediciones Parnaso hemos venido editando desde hace más o menos un año. Hacía falta una nueva imagen, y también una nueva motivación. El nuevo "look" ha venido de la mano de uno de los mejores ilustradores de la actualidad, **Manuel Calderón Guerra**; la motivación, las dos nominaciones a los premios Ignotus que este modesto proyecto obtuvo recientemente, de la mano de sendas poesías del último ganador de la categoría, **Alfredo Álamo**, y de la directora de Ediciones Parnaso, **Gabriella Campbell**.

Claro que si eso fuera todo, este Especial Ignotus no tendría sentido. Ediciones Parnaso opta a cinco premios más: tres con **Santiago Eximeno** (mejor novela corta, mejor antología y mejor obra poética), mejor novela para **Juan Antonio Fernández Madrigal** y mejor ilustración para el ya mencionado Manuel Calderón. Pese a la controversia de los actuales Ignotus, a los que ni yo mismo puedo considerar representativos, para nosotros ha sido un pequeño éxito, una muesca que añadir a nuestra reciente actividad editora. Ojalá algún día, con unos premios más populares, participativos, y prestigiosos, repitamos esas increíbles siete candidaturas.

Y por cierto, ¿para cuándo un Ignotus al "mejor editor"? Digo yo, y que me perdonen ustedes...

Víctor Miguel Gallardo Barragán
(ir)Responsable de todo esto



Manuel Calderón Guerra nació en Madrid en el verano de 1975, es admirador de los grandes maestros y se declara incondicional de Frank Frazetta y Alex Ross. Aunque hasta los 27 años permaneció en el ámbito amateur, es ya un habitual de la revista Galaxia y las editoriales Equipo Sirius y Ediciones Parnaso. La consagración le ha llegado en el 2005 con su incursión en el mercado estadounidense ilustrando el universo de "Canción de Hielo y Fuego" de G.R.R. Martin para Fantasy Flight Games. Consciente de que no es sino un recién llegado, continúa trabajando duro y aprendiendo para hacerse un hueco dentro del difícil del arte.

CANDIDATO AL IGNOTUS POR MEJOR ILUSTRACIÓN

De nuevo, el principio

Alfredo Álamo

"Dijo Rab Ishmael: 'Me dijo Metatrón: -Ven y mira las Letras con las que fueron creados los cielos y la tierra... los mares y los ríos,... las Letras por las que fueron creadas las estrellas) y las constelaciones... por las que fueron creadas la rueda de la Luna y la Rueda del Sol, Orión,... las Letras por las que fueron creadas el Trono de la Gloria y las Ruedas de la Merkabáh..., las Letras por las que fueron creadas La Sabiduría (Jojmáh hmkx), el Entendimiento (Bináh hnyb), el Conocimiento (Daat?/tid?), la Prudencia, la Mansedumbre y la Rectitud en los que el mundo entero se sostiene."

*De Sefer Hekalot
Apócrifo, s.V*

Abraham sostuvo en su mano el engranaje de doce muescas que estaba terminando de pulir, lo observó con ojo crítico bajo la luz del halógena del taller hasta quedar satisfecho con la pureza de la pieza. La fijó al torno y empezó a grabar en ella, con infinita delicadeza, cada una de las letras simples: Hei, Vav, Záin, Jet, Tet, Iod, Lamed, Nun, Samaj, Áin, Tzadi y Kof. Una letra para cada elemento del engranaje, una constelación, un mes del año. Cuando terminó con las letras simples, le dolía la cabeza y la vista. El reloj marcaba ya avanzada la madrugada, hora de intentar dormir un poco, después de una dura jornada de trabajo. Soltó el engranaje del torno y admiró una vez más la belleza espejada del oro pulido, sonrió y lo envolvió en un trapo de algodón antes de dejarlo junto a otro engranaje de su máquina. La pieza doble, pensó Abraham, y no puedo evitar sacarla de su funda para mirarla una vez más. Tenía 7 muescas, y en cada una de ellas Bet, Guimel, Dalet, Jaf, Resh, Tav y Fei. Las letras dobles, los días de la semana, los agujeros de la cabeza, los antiguos planetas hebreos.

Al salir de su taller de relojería, Abraham todavía podía notar las letras grabadas en sus ojos, como si hubiera estado mirando mucho rato una luz intensa. Mañana empezaría la última pieza, la más pequeña de las ruedas, la más importante. Pero ahora le convenía dormir, subió a su habitación, justo encima del taller y entró en su habitación. Los libros ocupaban casi cada rincón del cuarto, esquivando varios montones abrió la ventana que daba a la Calle Alta y dejó que el aire de la noche refrescara el ambiente viciado de humedad. Una polilla rebotó en la farola naranja que iluminaba la calle y entró en la habitación, Abraham se asomó y vio que decenas de insectos se arremolinaban junto a la luz.

La polilla se paró encima de una torre de libros. "De oculta philosophia" de Agrippa, según observó Abraham al acercarse, había llamado la atención de la mariposa. La cogió con delicadeza y se acercó de nuevo a la ventana, sacando

a la polilla con cuidado antes de volver a cerrar la ventana.

Apartó varios libros más de su cama y se tumbó, agotado; ya estaba mayor para esos esfuerzos, pero veía tan cercano el final que no podía detenerse. En el techo del cuarto había colgado los esquemas de su máquina, el AlefBet, un innumerable caos de ruedas dentadas, coronas y engranajes en decenas de papeles dispersos. Y desde la cama Abraham los unía en su mente, engarzaba cada tornillo en su lugar y veía el movimiento, sincrónico, perfecto, de la creación. Con ese pensamiento se durmió, tremendamente cansado, entre montañas de libros.

Una voz le llegó entre susurros, haciéndose camino en sus sueños.

-Kasdiel a mi derecha, Kaniel a mi izquierda, Rajmiel en mi cabeza: ángeles, favorézanme para hallar favor y gracia ante todos los hombres, grandes y pequeños y delante de quien tengo necesidad, Amén, Amén, Amén, Selah, Selah, Selah.

Abraham se revolvió inquieto en la cama, sus sueños se deshicieron lentamente, como si se derritieran, dejando en su lugar una luz blanca de la que emanaba una voz familiar.

-Kasdiel a mi derecha, Kaniel a mi izquierda, Rajmiel en mi cabeza: ángeles, favorézanme para hallar favor y gracia ante todos los hombres, grandes y pequeños y delante de quien tengo necesidad, Amén, Amén, Amén, Selah, Selah, Selah.

"Selah", el eco de la palabra le hizo abrir los ojos en la oscuridad, pero ella no estaba. Raquel. De nuevo su voz, tan hermosa, acercándose en la noche. Desde que estaba llegando al fin del AlefBet podía sentir su presencia cada vez más cerca. Rezando por él. Esa era una de las señales que le impulsaban a continuar, cuando terminara su máquina lo de abajo subiría arriba, se formaría el Todo y en el Todo estaría Raquel.

Antes de darse cuenta, el sol se introdujo de puntillas en su habitación, despertando polvos y papeles rotos. El viejo relojero se sintió incapaz de dormir de nuevo, se vistió y bajó a preparar la tienda.

*

La mezcla única de los siete metales se enfrió lentamente en el molde con forma de corona. A través de la lupa de Abraham los colores de la pieza cambiaban fugazmente con cada reflejo de luz, de morado a rojo, de azul a amarillo, metal caprichoso y cambiante. Cerró el libro de Paracelso y lo puso encima del de Picco de la Mirandella, ya no los iba a necesitar, la amalgama estaba terminada y ahora sólo quedaba grabar las últimas letras. Dio las gracias a aquellos alquimistas, visionarios en un mundo de tinieblas, que habían guiado su propia vista y manos para realizar su objetivo. Cuando tuvo en su mano la pieza dibujó en su mente dónde irían las últimas letras, las más importantes, se dijo, Alef, Mem y Shin, Aire, Agua y Fuego, las palabras madre. Tardó treinta y dos días en grabar cada letra, cuidan-

do cada medida de acuerdo a la antigua Torah y el orden de las Sefirot, su pulso no vaciló nunca pese a que cada noche podía dormir menos y asaltaban sus sueños delirios de otras esferas. Sesenta y seis días después terminó su trabajo, todo su banco de relojero lleno de piezas únicas, esperando ansiosas su ensamblaje.

Con precisión absoluta, Abraham fue montando los elementos de su AlefBet; primero la mecánica más simple, la que se correspondía a su oficio, el reloj. Le había puesto dos pesos de plomo y el interior del mecanismo era de hierro y cristal, no tardó demasiado en terminarlo. Cada pieza tenía escrita su función, tiempo, giro, contravuelta, labrado todo en finos ornamentos. Comprobó la velocidad del primer extrogiro, veintidós segundos por vuelta; extrajo la primera pieza y la encajó con un delicado sonido metálico. Luego agarró la segunda rueda, la de las letras dobles, hecha de la plata más pura. La dispuso de acuerdo a los planos, para que girara hacia la derecha en una órbita elíptica sobre la pieza central. Introdujo una varilla en el huso del eje y dejó preparado el enganche para la última pieza, la de las letras simples. Como si de un cirujano se tratara extrajo la rueda de doce muescas, la de oro amalgamado, y la insertó en su lugar. El AlefBet estaba completo

Introdujo la llave de estaño en su lugar privilegiado entre los pesos y soltó el seguro, la rotación empezó tal y como estaba prevista, veintidós segundos por vuelta que se combinaban con la elíptica de la segunda rueda a siete segundos por vuelta y la de la tercera, sobre las dos anteriores y en dextrogiro, a tres segundos por vuelta. Un ruido de fino metal contra metal resonó en las paredes del pequeño taller, la luz de la luna, una luna llena, madre, diosa pagana, atravesó con fuerza el pequeño ventanal que hacia de respiradero, cayendo sobre el AlefBet del viejo Abraham. Con cada coincidencia de engranajes una palabra se formaba en el aire y la luz de la luna, utilizando quién sabe qué antigua magia, la dotaba de forma por un momento, en forma de ilusión, de espejismo, de niebla.

-Kasdiel a mi derecha, Kaniel a mi izquierda, Rajmiel en mi cabeza: ángeles, favorézcame para hallar favor y gracia ante todos los hombres, grandes y pequeños y delante de quien tengo necesidad, Amén, Amén, Amén, Selah, Selah, Selah.

De nuevo la voz de Raquel entre el silbido metálico del aparato mientras buscaba los setenta nombres de Dios y los hacía reales. Todo está en la Torah, pensó Abraham, tanto lo pasado como lo futuro, lo que está arriba y lo que está abajo.

La rueda inferior giró doscientas cincuenta y seis veces, la segunda cuatro giró ochocientos cinco y la tercera mil ochocientos setenta y siete vueltas formando un número igual a la potencia de la suma de las letras y sus vueltas. El reloj de Abraham, su AlefBet, dio una vuelta completa y terminó su ciclo.

En el siglo XVII, el rab Ibrahim terminó su libro.

En el S.V los rollos apócrifos fueron escondidos.

En el S.III antes de Cristo los magos dijeron sus profecías.

Antes de todo eso los druidas colocaron la última pieza de su círculo.

Antes incluso, el hombre cantó a la luna sus plegarias bailando alrededor del fuego.

El reloj de Abraham dio la vuelta, lo que estaba arriba pasó a lo que estaba abajo, el verbo fue nada y la nada fue verbo; Raquel no fue y Abraham tampoco. El giro se completó y las estrellas con él.

Se hizo el silencio en la tierra joven. Era, de nuevo, el principio.



Alfredo Álamo (Valencia, 1975) Ganador del premio Ignotus 2004 a la mejor obra poética. Ha publicado cuentos en las antologías Visiones 2004, Visiones 2005, Fabricantes de sueños 2005, Libro Andrómeda o Mañanas Oscuras. También ha colaborado en revistas como Artifex, Axxón, Alfa Eridiani, o Parnaso entre otras. Mantiene una tira cómica, La legión del Espacio, en el Sitio de Ciencia Ficción. Se le puede encontrar en <http://cienciaficción.blogspot.com>

**CANDIDATO AL IGNOTUS POR MEJOR OBRA POÉTICA
CANDIDATO AL IGNOTUS POR MEJOR TIRA CÓMICA**



**ESPERANDO LA MAREA
de Joaquín Revuelta**

colección vórtice número 6

**La primera y esperada
novela del maestro del
cyberpunk, ya a la venta en
tu librería habitual a
principios de noviembre.**

Gorgoneion

Gabriella Campbell

Las cuestiones de pelo siempre son estresantes. Carmen lo sabía, sobre todo desde que Marco la había dejado atrás, en su nuevo y flamante giro inesperado de acontecimientos (según Carmen, dos acontecimientos en concreto, grandes y redondos como manzanas sobredesarrolladas recién caídas de un árbol cercano). El día de la separación, si pudo llamarse así, su pelo estaba desordenado, sucio, graso, tapándole la cara en un intento fructífero de hacerla menos atractiva en el instante (si es que para estas cosas existen instantes) de la despedida, en el momento del beso que se recibe en la mejilla, tras años de introducir la lengua entre los labios. Su pelo había decidido demostrar sin reparo lo que Marco ya sabía: que Carmen no era deseable, o por lo menos no tanto como cuando la conoció.

Carmen siempre había pensado que las relaciones estaban hechas para durar, y Marco siempre había pensado que las relaciones estaban hechas para romperlas. Él se fijó en ella cuando paseaba del brazo de Antonio, y ella no se fijó en él porque paseaba del brazo de Antonio. Marco fue impenitente, imparable, insólito. Ella fue fiel y fría. Antonio vislumbró nuevos y perversos acontecimientos (en este caso, pequeños y prietos en forma de pera) y Carmen buscó el consuelo de su pretendiente eterno, quien había sacrificado tres años a la espera de su atención y merecimiento. Carmen estaba destinada al abandono, Marco a la persecución. O eso pensaban ella, él, y el resto del mundo.

Sentada en la barra del bar de costumbre, Carmen lagrimeaba ante Enrique, que procuraba consolarla con copas gratuitas y promesas de mejora, intercaladas entre la ocasional intención amorosa y la mirada lánguida de perra embarazada que tan bien se le conocía. De cuando en cuando pasaba su bayeta por la superficie resplandeciente de la barra, en un hábito que tenía visos de manía y que le recordaba a Carmen a esas personas que tienen que contar hasta veinte antes de abrir una ventana para evitar que se vaya la luz, o dar treinta y ocho vueltas a la llave de la puerta si no quieren ser arrollados por el primer camión desenfrenado que pase por delante. Su amiga Elena era de esas personas, y la había visto ponerse guantes de cirujano para abrir sus cartas, temerosa de lo que pudiera tocar al extraerlas del sobre. Elena, sin embargo, no podía quejarse, mantenía una feliz relación con su hermana, con quien convivía y compartía gastos. Además, consideraba Carmen, una mujer con un cabello tan espléndido, tan brillante, tan

ondulado y cuidado, no podía ser infeliz. Nunca quiso preguntar por qué Elena era tan risueña, tan absolutamente satisfecha con su vida (exceptuando las vueltas de llave y los guantes de cirujano) si no había un hombre en ella.

Enrique callaba, y Carmen discurría. En otras circunstancias hubiera preferido no darle la oportunidad de consolarla, de mostrarse caballeroso y fantástico para que ella no tuviera que mostrarse agradecida y dulce. Pero aquella noche, entre copa y copa de su mezcla favorita (de un intrigante color rosado, coronada con una sombrilla de papel y madera y una rodaja de naranja), sentía que se le escapaba la vida por las uñas de los pies, que la atravesaba desde la cabeza hasta la ingle, sin parar a hacerle una mísera visita. El enorme peso de la apatía demolía sus esperanzas, sus nociones de lo justo y de lo necesario, su cordura de buena familia y falsos argumentos. Su seguridad, buscada y encontrada en los que la rodeaban, reincidía en desterrarla, en olvidarla, y Enrique ofrecía grandes y falsas dosis de cruda comodidad, a través de sus palabras se reconocía el gesto del depredador afectivo, tan hambriento como el buitre descarnado que habitaba en el interior de Carmen. Él tomó uno de sus mechones entre sus dedos, jugó con él entre el pulgar y el índice, en una muestra poco espontánea de seducción proxémica. De súbito, Carmen recordó la grasa, la fealdad, la ausencia de peluquería profesional y se retiró asustada. La caza había terminado. El error estratégico de Enrique lo abrumó, volvió a su bayeta y, por qué no, a sus copas sin limpiar.

Un día de verano Elena le había contado a Carmen que los hombres eran como los perros: buscaban el cariño de aquellos que no los atendían. El buen perro sabe que no tiene que hacer caso a los que son afectuosos con él, sino que debe trabajar para ganarse la estima de aquellos que lo desprecian (sobre todo si son los que les dan la comida). Elena acusaba a Carmen de entregarse, la acusaba de una notoria facilidad emocional y entusiasta. Carmen siempre creyó que a los hombres se les podía ganar con un corazón de oro y unas maneras de señorita, que la respuesta afirmativa y el plato de palomitas delante del televisor eran lo único que hacía falta para mantenerlos a su lado. Pero al final siempre fallaba algo, y al no ser capaz de enumerar ni reflexionar sobre las pequeñas gotas que acaban desbordando el océano, se dedicaba en cuerpo y alma a encontrar cabezas de turco que pagasen por los crímenes de la pareja. En el caso de Marco era muy fácil, no sólo se trataba de ella, de la otra, se trataba de que Carmen se había descuidado, había dejado de depilarse con tanta regularidad, sus iniciales camisonos sugerentes se habían transformado en cómodos pijamas de ositos y, sobre todo, ya casi no se arreglaba el pelo. Su madre se lo decía, constantemente, desde que tenía uso de razón, "nunca encontrarás un novio si sales con esos pelos". Y es que, para su madre, había dos pilares en esta vida: un novio y un trabajo, y en cuanto el novio se convertía en marido se podía prescindir del trabajo. Elena decía que el marido podría sustituirse por una carrera en condiciones, una

visión de contactos panorámica y una especial habilidad para el sexo oral, pero Carmen no estaba del todo convencida, siendo, como era, una hija única apegada a las tradiciones.

Sostuvo, con desgana, su pequeño espejo de bolsillo ante su rostro, sentada sobre el inodoro. El cuarto de baño del bar carecía de reflejo desde que alguien lo descolgara para un par de líneas blancas, y no tardó en caer estrellado, despedazado sobre el suelo deshecho y sucio, probablemente de la mano de alguna mujer agraviada de cabello poco lustroso. Carmen pasó revista a sus últimos años, a sus calorías mal contadas, a sus series favoritas de televisión, a su amor por el vodka con granadina, a su apatía de novia acomodada. Haría falta un cambio, se dijo, un cambio de esos que reflejan una nueva ansiedad vital, un cambio de domicilio, un cambio de coche, un cambio de marca de tabaco. Tal vez... sí, tal vez hasta un cambio de aspecto. Algo radical, algo sublime, algo que hiciera que no se reconociera al abrir su pequeño espejo de bolsillo en todos los bares nuevos que descubriría en esta ciudad inmensa y a la vez tan pequeña, limitada a sus recuerdos y a los espacios compartidos. Extrajo de su bolso una pequeña libreta de tapas verdes y un bolígrafo publicitario de enganche roto, y apuntó, con la mano firme: hacer cita en peluquería . Mañana, mañana todo comenzaría de nuevo, tal como le apuntaban una y otra vez sus amigas, familiares y revistas de moda.

Pero todavía quedaba algo por hacer para que la catársis fuera completa. Un último pecado, una última visita. Una noche de culpabilidad, unas horas más en compañía de su esencia habitual. Su teléfono móvil, impecable y listo para la acción, le mostró, iluminándose, el número que buscaba. Algunas cosas no podrían cambiar hasta mañana.

Tras caer rendida sobre él, mezclada de sudor y fluidos, su pecho se acopló de forma perfecta sobre sus pezones, su pubis sobre su ingle, sus costillas sobre las suyas. Amarrada a su cuerpo, por un momento pensó que se lo perdonaba todo: las noches vacías, los días grises, las horas de mirar para otro lado y los segundos de frustración callada. Pero su largo cabello negro, de memoria atávica y orgánico desafío, no sufría de penitencias culpables ni conocía de enseñanzas cruciformes; tras concederle a su dueña unos minutos parpadeantes de sosiego y recreación lunática, olvidó su naturaleza estanca y comenzó a encrespase, de manera lenta y suave, alrededor del cuello de Marco quien, con los ojos entrecerrados, recordaba por qué soportó durante tanto tiempo el aburrimiento de su ex-novia. Antes de que pudiera darse cuenta, los mechones habían formado nudos, y los nudos se habían atenazado, creando patrones rococó en torno a su garganta, apretando y dibujando carreteras rojizas sobre su piel de hombre sin límite. Marco

miró por última vez dentro de los pacíficos ojos de Carmen, examinó por última vez sus medianos pechos indiferentes, calibró por última vez sus piernas de niña bien; su pene, ahora rígido, todavía estaba dentro de su vagina. En memoria de Elena, Carmen contó hasta trescientos cuarenta y uno antes de desprenderse de él.



Gabriella Campbell nació en Essex, Inglaterra, el 6 de agosto de 1981, de madre gallega y padre irlandés. Le quedan tres malditas asignaturas para terminar su eterna licenciatura en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada y es Experta en Comunicación por la Universidad de Granada, ciudad en la que reside. Desde septiembre de 2004 es la directora de Ediciones Parnaso, aunque lleva ya varios años en el mundo de la edición y de los proyectos literarios. Sus ocupaciones han incluido la locución radiofónica, la enseñanza del inglés y la traducción. Tiene algunos premios locales de cuento pero admite preferir escribir poesía a la narración. Dice que le gustaría ganar un Ignotus porque pegan con los azulejos de su cuarto de baño.

**CANDIDATA AL IGNOTUS POR MEJOR OBRA
POÉTICA
SIETE CANDIDATURAS COMO EDITORA**

Santiago Eximeno es madrileño y uno de los más prolíficos autores en la actualidad. Tiene una novela publicada (*Asura*, grupo AJEC) y una antología de relatos (*Imágenes, Vórtice*). Ganó el premio Ignotus con su relato "Origami", recientemente traducido al japonés. Ha aparecido en la práctica totalidad de las revistas de temática fantástica de habla hispana. Su página es <http://www.eximeno.com>

**CANDIDATO AL IGNOTUS POR MEJOR ANTOLOGÍA
CANDIDATO AL IGNOTUS POR MEJOR NOVELA CORTA
CANDIDATO AL IGNOTUS POR MEJOR OBRA POÉTICA
CANDIDATO AL IGNOTUS POR MEJOR NOVELA**



Tres microrrelatos

Santiago Eximeno

VIVO EN TU ARMARIO

Vivo en tu armario, oculto entre tus ropas. Por el día duermo, una de mis cabezas apoyada sobre tus zapatillas viejas, el cuerpo colgando de una percha de plástico. Por la noche me despierto y te espío por la rendija que tu madre deja abierta. Sé que sabes que vivo aquí, sé que se lo has dicho muchas veces a tus padres.

Sólo por eso te odio.

Por descubrirme.

Me gustaría salir y despedazarte con mis dientes, hacerte pagar lo que me debes por delatarme.

Pero no lo hago. Me escondo entre tus ropas y espero, como he hecho siempre, soportando mi miedo en silencio.

Porque yo no acecho; yo me oculto.

Me oculto del monstruo que vive debajo de tu cama.

LOS MEJORES CLIENTES

-Si algo me gusta de mis clientes -dijo el encargado de la funeraria, cosiendo los labios del cadáver- es que nunca se quejan.

-¿Y si alguna vez lo hicieran? -preguntó el ayudante con voz temblorosa.

-¿Acaso estás loco? ¿Cómo van a quejarse? -respondió, ofendido, el encargado- ¿No ves que coso sus labios?

El cadáver asintió con un leve movimiento de cabeza.

DESNUDA

-¡Oh, por favor, vístase! ¡No puede permanecer así, desnuda, delante de estos jóvenes! -dijo el forense, y varios alumnos dejaron escapar una risita nerviosa.

Breve tratado sobre la fusión en sus múltiples facetas: ontología y taxonomía básicas

Juan Antonio Fernández Madrigal

Se pretenden discernir las distintas facetas encontradas en el campo de la fusión de cuerpos en distintos estados de la materia, abarcando disciplinas tan aparentemente dispares como la astrofísica, la bioquímica, la mecánica de fluidos, el trazado de rutas o las más modernas investigaciones en cirugía de transplantes. El/la lector/lectora encontrará reflejados en este estudio múltiples situaciones de la vida real que hasta ahora únicamente se habían estudiado desde un punto de vista exclusivamente de laboratorio. Se pretende dar una visión ciertamente más amplia del problema. El texto está articulado en torno a variados ejemplos refrescantemente esclarecedores, con profusión de anotaciones en los mismos. Se ha procurado exponer los argumentos en un tono divulgativo muy apropiado al contenido de la presente publicación. Para extraer el máximo provecho de los razonamientos subsiguientes se recomienda leer detenidamente la clasificación convenientemente abrazado a quien se ame.

1. Introducción

Se exponen a continuación muy brevemente los resultados de experimentar las distintas clases de fusión encontradas en la literatura. Estos resultados son la transcripción de los pensamientos del sujeto del experimento, tomados mediante una máquina de Gödel convencional en modo literario-5 sobre papel térmico. Se presentan impresos en tipografía *courier*. Los experimentos han sido reclasificados de acuerdo con el criterio del autor, basado en el uso de este instrumento de medida perceptual completamente distinto de los habituales. Es opinión del autor que una vez comprendidas las técnicas con suficiente amplitud y profundidad, el/la lector/lectora será capaz de reproducir los experimentos en su propio entorno sin necesidad de emplear ninguno de los aparatosos artilugios que por lo común únicamente llevan al resbaladizo terreno del error de medida acumulativo, y podrá asimismo obtener resultados muy similares.

Es conveniente y hasta imprescindible, sin embargo, tener un cierto dominio de los viajes interplanares al espaciotiempo de entropía inversa de las hadas.

2. Fusión de clase I. *fusión fría*

a través de tus dedos fríos viajan los átomos de tu cariño deslizando entre tus células saltan las sinapsis de tus uñas hacia las mías y se introducen directamente en mis brazos hacia mi corazón y lo asaltan a besos

(nótese el elevado valor resultante de multiplicar el número de articulaciones de los dedos, muñecas y brazos por la cantidad de imaginación empleada elevada a la frecuencia de sístoles/diástoles registradas por los sujetos durante el experimento, y compárese con el limitado acervo simbólico disponible en cualquier idioma empleado para la comunicación entre especies)

3. Fusión de clase II. *fusión estelar*

abres las ventanas hacia las dos estrellas marrones de miel en estado plasma y te sitúas toda entera en los dos núcleos oscuros redondos y te quedas allí mirándome hasta que bajo mis escudos y penetro en tu corona de reina solar con mi combustible de azúcar

(consúltese el exquisito texto del poeta S. Hawking acerca del papel de las estrellas marrones en las microdistorsiones locales del espacio/tiempo)

4. Fusión de clase III. *fusión de líquidos*

me tomas con tus dos manos lunares y la marea sube tras mi nuca empujándome hasta tus labios de océano y te sumerges en tu noche cerrando las ventanas a tus dos estrellas mientras la espuma del mar de tu boca se hace cremosa el tiempo se enlentece o se queda a vivir en el pequeño espacio entre nuestros labios y el amor se mete todo en la palabra ternura como un contorsionista

(se han detectado casos aislados de tiempo relativista en partículas más lentas aún que las habituales velocidades sublumínicas, tales como las encontradas bajo las conchas de ciertos moluscos o entre los labios de los amantes)

5. Fusión de clase IV. *fusión de caminos y sendas*

me da un escalofrío cuando mi hada repliega las alas hacia atrás para que mi brazo abarque su cintura y la empuje un poco más hacia mi corazón convirtiéndonos en un sólo caminante que percibe el mismo viento el mismo suelo el mismo horizonte la misma senda hacia el horizonte como gemelos siameses no nos hace falta operar nuestros cuerpos para ser uno

(ningún ejemplar de hada ha sido dañado durante la realización de este experimento)

6. Fusión de clase V. *fusión biónica*

hemos desarrollado sin embargo la tecnología necesaria para fundir miembros arbitrariamente en cuerpos humanos a nuestro antojo tómese un brazo tuyo álcese por encima de un hombro mío hasta abarcarlo entero déjese caer sobre mi pecho tómese un brazo mío déjese deambular por detrás de tu cintura hacia tu cadera deliciosa y apóyese contra tu andar tómese otro brazo tuyo y acérquese a mi corazón latiente que se detiene al notarlo tan cerca y déjese a la distancia adecuada o distancia nula tómese tu cuello y tuérzase delicadamente hasta apoyarse en el ángulo articular adecuado contra la cálida palma de mi otra mano tómense finalmente dos bocas y únanse sin cirujía el ser resultante podrá escalar eficientemente con sus cuatro piernas las más difíciles alturas de cualquier cordillera de sinsabores

(puede encontrarse un amplio catálogo de especies biónicas entre los bocetos del afamado artista Archae O. Pteryx. Ninguna de ellas tiene relación con este experimento científico, por supuesto, pero constituyen una hábil representación de lo que podría ser posible en el futuro utilizando las técnicas quirúrgicas no invasivas basadas en besos, abrazos y entrelazamientos corporales)

Agradecimientos

El autor desea agradecer especialmente, con todo su corazón, su cuerpo y su mente, con el mayor amor que puede abarcar con sus limitados mecanismos psíquico-físicos, a Su Alteza Real la princesa A+ del espaciotiempo de entropía inversa de las hadas, que amablemente se ha prestado a intervenir como sujeto experimental en todas las pruebas, del mayor agrado y disfrute de ambos.



Juan Antonio Fernández Madrigal es cordobés de nacimiento pero afincado en Málaga en donde imparte clases en la Universidad de esa ciudad, investigando asimismo en robótica y en inteligencia artificial. Ha publicado tres libros: "Ciclo de sueños" (Espiral CF), "Dama eternidad" (Libro Andrómeda) y "Umma" (Vórtice).

CANDIDATO AL IGNOTUS POR MEJOR NOVELA

Víctor Miguel Gallardo Barragán es granadino, nacido en 1979, y en la actualidad ejerce de coordinador editorial de Ediciones Parnaso, dirigiendo la colección Vórtice, diseñando la colección Hipocampo, y haciendo lo que puede con este ezine que leen. Sean benevolentes con el resultado, y sobre todo con el sombrero de la foto (y con la foto en sí misma).

SIETE CANDIDATURAS COMO EDITOR



Doce de Vendimiaro

Víctor Miguel Gallardo Barragán

Amaneció, tal y como amanece todos los días desde que el mundo es mundo: nada hacía presagiar la jornada que me esperaba.

El despertador, un viejo Aiwa con más de diez años de uso, me sacó de la cama a empujones: sólo entendí que estaba despierto cuando me di de bruces contra el escritorio. Mis antepasados, que se levantaban al ritmo de los acordes que salían de las gargantas de sus aves de corral, fueron muy afortunados.

El hilo musical del cuarto de baño me terminó de desperezar. Algún operario de preclara mente había tenido la genial idea de dedicar la mañana a las viejas glorias del rock; en consecuencia, ducharme bajo el influjo de los riffs de guitarra del *Run to the hills* de los vetustos (y extintos) Iron Maiden fue una experiencia enriquecedora que espero que no se repita, máxime teniendo en cuenta la excesiva cantidad de alcohol que había ingerido la noche anterior. Me lavé los dientes, me cepillé con cuidado la cuidada melena y me tomé las tres cápsulas de Hormonosil, complemento que tomaba a petición de Claudia, mi pareja.

-Te querré más -me había dicho la víspera de la primera toma sin rubor alguno. Yo había aceptado medicarme si a cambio ella veía conmigo y mis amigos los partidos de los domingos. Entonces me pareció un trato justo; de eso hacía ya tres meses.

Mi madre me esperaba en el comedor con un vaso de leche caliente y unas tostadas con mantequilla y mermelada de naranja amarga, mis favoritas. Se sentó a hacer punto de cruz mientras yo devoraba la comida, casi sin mirarme. Esa obsesión suya por el punto de cruz habría fascinado a más de un psiquiatra.

-¿Qué le pasa a la tele? -vociferé con la boca llena de pan tras comprobar que ninguno de los tres canales emitía señal alguna.

-Está así desde anoche -comentó despreocupadamente ella. Levantó la vista y clavó en mí sus ojos color miel, añadiendo guturalmente-: Algo está cambiando.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo: la vieja desvariaba, y no sería yo el que le siguiera la corriente esta vez (ya había vivido situaciones parecidas en el pasado). Terminé las tostadas y, cogiendo mi mochila, me encaminé al ascensor. No pude identificar la música del hilo, tal vez era jazz. En el portal me encontré con Julián, el portero malhablado nacido en Cuenca, un viejecito a ratos agradable que solía tomarse la penúltima en Ca'Ramón, mi lugar de esparcimiento habitual de lunes a jueves. Estaba sentado en su garita leyendo un periódico deportivo.

-Hay cambios, hay cambios -me espetó tras saludarlo. Yo encogí los hombros.

-Cosas que pasan -repliqué.

En la calle, yendo hacia la boca del metro, me sorprendió una fina llovizna que apenas llegó a empaparme. El boletero, sombría hojalata, me expendió un billete de ida y vuelta sin mirarme siquiera. Bostecé al tiempo que me acomodaba en el vagón que, en unos veinte minutos, debía llevarme hasta la Ciudad Universitaria. Eché un vistazo a los monitores: el escudo de la República era todo lo que aparecía, oyéndose muy de fondo La Internacional Obrera en una versión techno realmente horrible.

-¿Alguien sabe qué le pasa hoy a la televisión? -preguntó una señora metida en años y carnes a la concurrencia, a la sazón una docena de personas de variopinta índole. La mayoría no contestamos; el resto articuló explicaciones que se inventaban sobre la marcha y que a nadie interesaban.

En diecisiete minutos, récord desde que hago el trayecto, el tren llegó a la parada de Puente de Vallecas. En la boca me esperaba Ingrid, mi compañera de investigación, vestida de lila y fucsia según su costumbre y los dictados de su particular tribu urbana de nombre impronunciable. Me echó una mirada de soslayo a la que yo contesté, de nuevo, con un movimiento inequívoco de hombros.

-Has llegado pronto -comentó al tiempo que nos poníamos en camino hacia el Centro. No dije nada, me limité a observar los monitores que, por doquier, salpicaban nuestro recorrido. Todos mostraban lo mismo, el escudo de corona almenada sobre un fondo rojo, gualda y morado.

-¿Sabes si está pasando algo? -terminé por preguntar cuando, en la confluencia de Azaña con Tarradellas, vi a media docena de policías junto a un Cero brillante de alas plateadas. Ingrid me miró de una manera que interpreté algo lasciva.

-¿Aparte de los manifiestos cambios?

A estas alturas ya me temía lo peor, claro, pero seguimos caminando sin decir palabra por Bordiú, torcimos en De los Ríos y, al llegar a la altura del edificio de Relaciones Internacionales, nos escabullimos al interior del callejón en donde estaba la sede del Centro. En la sala de espera del tercer piso estaban los habituales: José Luis, Carlota, Eugenio, Isidro y Jan. Nos sentamos junto a ellos mientras esperábamos que el profesor Gilbert nos obsequiara con su presencia.

-Dicen que ha habido un golpe de estado -dijo tartamudeando Jan. Los demás amagamos unas carcajadas.

-Valencia es inexpugnable -comentó Carlota sin convencimiento. Luego desvió la vista de Jan hacia mí y añadió:- aunque sí que es cierto

que se avecinan muchos cambios.

Y me guiñó un ojo. Yo, que era miembro de las Juventudes Socialistas, me pregunté si, tal y como vaticinaba mi difunto padre, liberal convencido en la intimidad, acabaría pudriéndome en alguna cárcel de mala muerte del Sáhara Occidental. Gilbert apareció en ese instante y me rescató de la macabra visión de mi cuerpo cubierto de llagas y devorado por los tábanos mutoides de Villa Cisneros. Una vez en clase se acomodó en su sillón y, mientras encendía un cigarrillo de pequeño tamaño, nos interrogó con la mirada.

-Mis pequeños, ¿se sienten intranquilos? ¿Tienen miedo?

Quise responder que sí, que me moría de miedo, que debía haber prestado más atención a mi madre y que puede que así no hubiera tenido que salir de casa en un día tan fatídico. El profesor fijó su vista en mí, comprendiendo mi desazón, creo. Sonrió.

-No se preocupe, señor Arranz: los cambios, que son indudables, no son tan importantes, realmente. La esencia permanece.

Eugenio, que era enlace en el Sindicato, se removió intranquilo en su asiento, probablemente sopesando si denunciar o no a Gilbert por apología de la democracia o algo aún peor. Afortunadamente el resto de la clase siguió otros derroteros y acabamos discutiendo sobre la controversia del affaire Dreyfuss, lo cual fue un alivio dado que era bastante complicado buscar analogías entre aquella situación y la actual (el último de los judíos había sido masacrado en Ben Zirión haría ahora la friolera de treinta años). Todos suspiramos aliviados cuando el timbre resonó recordándonos que nuestra hora y media de clase había acabado. Fuera nos esperaba otro de los alumnos del grupo, Igor, uno de los dos únicos que no habían asistido a clase. Su cara era un poema, y parecía el hombre más feliz sobre la tierra.

-¡Señores! -empezó a gritar al vernos salir del aula-. No ha habido golpe alguno, ya ha vuelto la señal de radiotelevisión: ha habido un corte de corriente que ha afectado a todo el Levante, eso es todo.

Suspiramos de alivio por segunda vez en menos de tres minutos. Yo, no obstante, seguía inquieto por alguna razón que todavía se me escapaba. Me escabullí en los aseos y me refresqué con abundante agua la cara. Fue justo entonces, al erguirme y mirarme en el espejo, cuando reparé en mis robustos y bien formados senos.

Miguel, mi mejor amigo y el último de los que no habían asistido a la clase del profesor Gilbert, entró en ese momento en el baño. Al verme abrió mucho la boca y levantó un dedo, mitad acusador, mitad informante.

-Este es el servicio de caballeros, señorita -es lo que finalmente me dijo.